

INSPECTORIA SALESIANA
DE LAS ANTILLAS
PARROQUIA SAN JUAN BOSCO
CALLE LUTZ 370
SANTURCE, PUERTO RICO



**PADRE
RAFAEL
MERCADER
ARMENGOL**



Queridos hermanos:

Con motivo del fallecimiento del

PADRE RAFAEL MERCADER ARMENGOL

llamado a la visión eterna de Dios el viernes, 19 de noviembre de 1982, a las 11:30 a.m., cumpla el fraternal deber de hacerles llegar esta comunicación obituarial, en la que se traza el itinerario terreno y se esboza la semblanza de un auténtico “ministro de Cristo y administrador de los misterios de Dios” (1 Cor. 4, 1) así como un hijo de Don Bosco de talla total.

El Padre Mercader no se contó entre los primeros fundadores de la Inspectoría de las Antillas, pero entró en nuestro quehacer salesiano en su período fundacional. Y, sobre todo, debido a su longevidad, fue la figura que por largos años encarnó nuestra historia viviente.

El excepcional relieve de su personalidad —la razón que lo sitúa en primer plano entre los grandes salesianos de nuestra Inspectoría— no es principalmente el que se capta bajo la luz histórica, sino, sobre todo, el de su excepcional grandeza en el orden del espíritu.

Puede afirmarse, sin lugar a dudas, que el Padre José Calasanz, pionero y mártir, puso la primera piedra de nuestra construcción antillana. Al Padre Felipe de la Cruz correspondió levantar el edificio material. Y el Padre Mercader fue el hábil arquitecto que con “piedras vivas y escogidas” llevó a efecto la dimensión espiritual de la obra.

Con el deceso de este venerable patriarca, la historia de la Provincia Salesiana de las Antillas cerró definitivamente su primer capítulo, por haber sido él, como queda dicho, uno de los artífices de la primera hora y el último testigo de los primeros caminos.

Su partida nos deja una inextinguible estela de luz, así como el imborrable recuerdo de un salesiano de genuina estirpe, de recio temple y de lealtad a toda prueba. Pero también nos impone la obligación del sufragio agradecido y cordial.

Fraternalmente, en Don Bosco,

**P. Lorenzo Ruiz de Victoria, S.D.B.
Director**

NACIMIENTO Y NIÑEZ

Rafael Mercader Armengol nació en Barcelona, el 8 de abril de 1890, primogénito de un hogar de profundas raíces cristianas, formado por Jaime Mercader Parés y Teresa Armengol Vallsorgas. Le siguieron dos hermanos, José María, Antonio y una hermana, Carmen.

Acerca de su madre, el Padre Mercader escribió, ya entrado en años, las siguientes líneas:

El trabajo era para ella como una segunda naturaleza. No conocía el ocio ni el descanso. Los tiempos sobrantes de la atención de la familia y de la casa, incluso la cocina, los empleaba en cortar y coser la ropa de sus hijos, bordar o hacer encajes y hacer por sus manos las medias y calcetines para toda la familia. Escasa de medios de fortuna, adquirió el don del ahorro, cubriendo muchas necesidades con poco dinero, que multiplicaba la variada habilidad de sus manos.

De mucha fe y confianza en Dios, se mantenía serena y tranquila, en las no pequeñas tribulaciones que la visitaron . . .

Su carácter era expansivo y alegre... En sus cartas nunca faltaba un pensamiento o frase cristiana...

A los seis años Rafael comenzó a asistir a una escuela pública de párvulos y, posteriormente, a un plantel privado de Sans, en las afueras de la ciudad.

Contaba siete años cuando un pequeño amigo lo llevó al Oratorio Festivo de las Escuelas Salesianas Externas de San José Rocafort. Al año siguiente —en abril de 1900— ingresó en este centro educativo, del que era Director Don Antonio Aime.

En unas breves notas el Padre Mercader expone sus recuerdos sobre ese momento tan importante de su niñez:

Mi ingreso en el Instituto Salesiano San José de la calle Rocafort tuvo lugar el día 2 de abril de 1900. Fui entonces asignado a la clase tercera elemental.

A los pocos días me enrolaron en el Pequeño Clero y me prepararon para la primera comunión... Creo que fue el 2 de junio, domingo, día en que se celebraba la fiesta externa de María Auxiliadora...

Era Inspector el hoy Siervo de Dios Don Felipe Rinaldi; Director, Don Antonio Aime; Prefecto, Don Esteban Capra (que fue años después uno de los destinados a Cuba); Catequista, Don Luis Novarino; Consejero, Don Bartolomé Pértile y mi maestro, Don Angel Bergamini, muy bondadoso y de suave disciplina. Todos ellos, italianos que habían tratado y conocido a San Juan Bosco y, naturalmente, llenos de su espíritu, nos contaban sus sueños, sus palabras y sus milagros.

Había además otros salesianos españoles: Don Fernando Suárez (ya de edad), Don Juan Ventura y Don Guillermo Viñas, clérigos. Este último era encargado del coro de cantores.

CON DON BOSCO PARA SIEMPRE

En Rocafort se respiraba en ese tiempo una atmósfera profunda y genuinamente salesiana. El recuerdo de la visita de Don Bosco, efectuada doce años antes, había dejado honda huella en la Ciudad Condal, y permanecía vivo en la memoria de todos, particularmente en los medios salesianos. Cautivados por la figura del sacerdote turinés, tenido en general concepto de santidad, y por el irresistible atractivo de su obra, Rafael decide seguirlo. En consecuencia, ingresa como aspirante en la casa de Sarriá, en septiembre de 1903. Un año después es admitido allí al noviciado y se pone bajo la experta guía de Don Antonio Balzario, Maestro de Novicios de las primeras generaciones de salesianos españoles. Al cumplir la edad canónica, emite los votos temporales, el 23 de mayo de 1906.

Con anterioridad, en 1905, había comenzado los estudios filosóficos, mientras realizaba los de magisterio, rindiendo los correspondientes exámenes de la Escuela Normal de Barcelona. Un hecho memorable de su vida en este tiempo fue su encuentro con Don Miguel Rua, en la visita que éste hizo a la casa salesiana de Sarriá.

En el recién establecido Externado San Bernardo de Huesca, al que fue trasladado en octubre de 1906, termina sus estudios en Filosofía y comienza los de Teología.

Cinco años más tarde —en 1911—, se transfiere al Colegio de Ciudadela y, en 1912, a la casa de formación de Campello, que albergaba aspirantes y estudiantes de Filosofía, en calidad de maestro y asistente. Convive entonces con dos jóvenes salesianos con quienes habría de estar estrechamente unido en el futuro —Felipe de la Cruz Ransanz, que cursaba el último año de Teología, siendo a la vez Prefecto de la casa, y Salvador Herrera Fons, estudiante de primer año de Filosofía.

En junio de 1912 asiste como organista, acompañando al maestro Don Antonio Recaséns, compositor de reconocidos méritos y director entonces de la destacada *Schola cantorum* de Campello, a la inauguración de la cripta del Templo Expiatorio del Tibidabo.

RAFAEL MERCADER — SACERDOTE DE CRISTO

En vísperas de su ordenación, en septiembre de 1913, es destinado al Colegio de Huesca, donde habría de desempeñar los cargos de Consejero Escolar y Catequista. Allí, con indecible regocijo, vio llegar el anhelado 20 de septiembre de 1913, fecha fijada para su consagración, como sacerdote de Cristo.

En la intimidad de la capilla del obispado de esa ciudad, acompañado de su santa madre, de su hermano Antonio y de una reducida representación salesiana, el Obispo Mariano Superbía le impone las manos. En virtud de este acto, el novel sacerdote Rafael Mercader inicia una larga y fecunda jornada, que lo llevaría al cumplimiento de 69 años de ministerio sacerdotal. Al día siguiente celebra su Primera Misa en la capilla del Colegio Salesiano.

Continúa después en el desempeño de los cargos antes mencionados, hasta que en 1918 es nombrado Director de ese plantel. Sin embargo, su permanencia en ese puesto habría de ser breve. Al año siguiente fue trasladado con igual encomienda al Externado de Villena. Poco después, el Padre José Binelli, Inspector de las Provincias Salesianas Céltica y Tarraconesa, le propone destinación a la lejana Isla de Cuba, donde dos grandes pioneros, a quienes había conocido muy de cerca —José Calasanz y Felipe de la Cruz— habían recientemente plantado el árbol salesiano.

Su aceptación fue tan amplia y pronta, como drástico el cambio imprimido al rumbo de su vida. El 25 de septiembre de 1920, en unión de los jóvenes clérigos Salvador Herrera y Sebastián Ferrer, partía del puerto de Barcelona en el buque "Patricio Satrústegui". Tras 15 días de navegación, llegaron a Nueva York, y el 27 de octubre a La Habana, donde fueron recibidos por el Padre Calasanz, martirizado posteriormente en la guerra civil española.

EN LA NUEVA PATRIA CUBANA: CAMAGÜEY (1920-1934)

Desde el día de su arribo a Cuba, hasta el 16 de septiembre de 1961, fecha en que fue deportado por el gobierno comunista advenido al poder —cerca de cuarenta y un años—, el Padre Mercader hizo de esa joven nación su nueva patria. Se entregó de corazón y definitivamente al servicio de ella y de sus hijos. En Cuba desplegó la mayor parte de su fecunda labor sacerdotal. Regó sus sudores. Pasó por misterios de gozo y de dolor. Recorrió gran trecho de su agitada vida republicana. Y, con el correr del tiempo, adoptó su ciudadanía.

Destinado, a raíz de su llegada, a la ciudad de Camagüey, dio inicio a un período de labor que se extendería hasta 1934. A lo largo del mismo, colaboró activamente con el Padre Felipe de la Cruz en la fundación y consolidación de la obra salesiana en esa Legendaria Ciudad.

A su arribo a Camagüey, la sacristía de la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Caridad, confiada al cuidado pastoral de los salesianos, se había transformado en aula escolar, en la que unos 30 niños asistían a las clases impartidas por el Padre Tomás Pla.

El 19 de marzo de 1921 se inauguró el primer centro de educación salesiana en Cuba, la escuela de la Calle Sociedad Patriótica, que quedó bajo el cuidado directo del Padre Mercader. Con frecuencia debió él sustituir al Padre de la Cruz, quien por entonces dedicaba gran parte de su actividad a la nueva fundación, patrocinada por la noble dama camagüeyana, Dolores Betancourt y Agramonte.

En agosto de 1926, al recibir el Padre de la Cruz la designación de Director de la Institución Inclán, en La Habana, el Padre Mercader lo sustituyó en la dirección de la obra de Camagüey. Con motivo de la beatificación de Don Bosco, en 1929, organizó una primera comunión de 1,000 niños, en cuya preparación trabajó activa y dedicadamente.

FORMADOR DE JOVENES SALESIANOS: GUANABACOA (1934-1940)

Uno de sus largos períodos de formador de jóvenes salesianos se inició en septiembre de 1934, al ser trasladado a la Institución "Pedroso-Espeliús", de la Villa de Guanabacoa, en calidad de Director y Maestro de Novicios. Coadyuvado por los PP. José Vándor, Juan B. Pedroni, Ignacio Gómez Ward, Mario Aramendía, Francisco Cojazzi, Bartolomé Végh y Rodolfo Slezak, así como por los Hermanos Luis Vega, Antonio Carpanetto, Tomás Morales, Rafael Patlán, Luis Adame y Florentino Hurtado, atendió a la formación salesiana de estudiantes de Filosofía, novicios y aspirantes.

En esos años llegaron a Cuba varios grupos de jóvenes europeos y mexicanos, quienes se adscribieron a los diversos sectores de la comunidad. Con el correr del tiempo, varios de ellos desempeñarían cargos de relieve, como

los PP. J. Luis González, y Salvador Nava, quienes fueron superiores de las Provincias salesianas de México; Andrés Németh, Esteban Csekey, Roberto Guzmán, y Vicente Horváth, quienes laboraron o aún laboran, distinguiéndose por su meritorio servicio en la mies antillana.

No pocos jóvenes cubanos fueron entonces objeto de los cuidados del Padre Mercader. Entre éstos se encontraron los PP. Armando Rodríguez Pouza, Francisco Quintero, Vicente Villar, Homero Betancourt, Enrique Méndez, José M. Hernández, Orlando Cejas y Fernando Perdomo, así como el Hermano Victorio Cayado y el Familiar Salesiano Francisco Alfonso Valladares. A los anteriores deben añadirse los sacerdotes diocesanos Paulino Chapur, Calixto Perdomo, Filiberto Martínez Aguilar, Miguel A. Guzmán, Nelson Carrillo, Mauro Murlot, Maximiliano Pérez, Armando Rodríguez Reyes y José G. González.

El Padre Mercader editó y difundió por ese tiempo una breve publicación mensual, *La Virgen de Don Bosco*, que habría de ser antecedente del Boletín Salesiano de las Antillas.

En el sexenio de 1934 a 1940, para él laborioso y cargado de responsabilidades, le fue de gran aliento el respaldo que le dispensó el Padre Pedro M. Savani, uno de los más destacados Inspectores que ha tenido la Provincia salesiana antillense.

Con un emotivo e inolvidable acto familiar, en el que se alternaron los cantos y las lágrimas, le despidieron sus jóvenes salesianos y aspirantes de Guanabacoa, cuando, el 16 de agosto de 1940, se dirigió a la ciudad de Camagüey, para recibir del Padre Felipe de la Cruz la dirección del nuevo Colegio de Artes y Oficios.

NUEVAMENTE CAMAGÜEY (1940-1949)

A causa de la Segunda Guerra Mundial, varios clérigos salesianos debieron cursar en Cuba sus estudios teológicos. La mayoría —Vicente Horváth, Nicolás Rasquin, Jacques Dorion, Pablo Shaghy, Andrés Németh, Matías Pressing y otros— se reunieron en Camagüey. Sobre los hombros del Padre Mercader pesó la grave responsabilidad de la formación sacerdotal de estos jóvenes. En descargo de tan delicada encomienda, desplegó solícito cuidado, mientras la simultaneaba con las obligaciones de Director de la comunidad salesiana. Colaboraron con él en esos empeños los PP. Adán Haub, Juan Gerlinger, Francisco Cojazzi y Angel Garau. Formó también parte del personal salesiano de ese Colegio el Hermano Luis Franchi, fallecido en 1943, quien había conocido personalmente a Don Bosco.

A la terminación de su término regular de rectorado, en 1946, fue designado párroco de la iglesia Nuestra Señora de la Caridad, de esa Ciudad Legendaria, puesto en el que permaneció hasta agosto de 1949.

En ese año asume de nuevo la dirección del Colegio de Artes y Oficios, hasta los primeros meses de 1951, cuando pide ser relevado de tal función, ya que su edad le dificultaba hacer frente a las crecientes exigencias educativas. Va entonces como Director a la iglesia de San Juan Bosco de la Víbora.

LA HABANA — VIBORA: IGLESIA DE SAN JUAN BOSCO (1951-1954)

Antes de asumir este cargo, viajó a su Cataluña natal por primera vez después de su partida en 1920. Sus 31 años de ausencia le des-

corrieron el panorama de una España renovada en todos los planos de la vida, sin excluir el salesiano. Tuvo el consuelo de encontrar a su anciana madre, con quien pudo departir largamente y a quien vio entonces por última vez.

Sus años en la iglesia de la Víbora se caracterizaron por la serenidad, el silencio y por su generosa disponibilidad a la ayuda, tanto en la administración del sacramento del perdón como en otras actividades ministeriales. Dispuso en ese tiempo de la eficiente ayuda de los Padres Isidro Fernández, Florencio Mora, Felipe de la Cruz, Bernardo Fernández y del primer Hermano Coadjutor cubano, Domingo Montells.

ARROYO NARANJO: MAESTRO DE NOVICIOS (1954-1959)

Su segunda etapa como Maestro de Novicios se desarrolló entre los años 1954 y 1959. El 15 de agosto de 1954 tuvo efecto la bendición solemne del nuevo centro de formación de Arroyo Naranjo. Esa misma tarde comenzaron su año de noviciado 15 jóvenes, en la casa destinada a este efecto, cuya adaptación y remodelación había sido confiada al Padre Esteban Csekey, quien por años había sido Director de aspirantes en Guanabacoa.

Al encargo de iniciar en la vida salesiana a jóvenes antillanos dedicó el Padre Mercader lo mejor de sus esfuerzos y su más dedicado empeño. Muchos de los hijos de Don Bosco que al presente laboran en la Inspectoría de las Antillas, dieron, bajo la experta guía de este fiel Maestro, los pasos preparatorios a su vida consagrada. Entre éstos estuvo Monseñor Fabio Rivas Santos, actual Obispo de Barahona, en la República Dominicana.

La muerte del Padre Felipe de la Cruz, su gran compañero de faenas fundacionales, cuyos esfuerzos secundó con tanta fidelidad y a quien le unían los vínculos de toda una vida, acaecida el 16 de marzo de 1959, determinó el fin de su labor formativa y el comienzo de su etapa final en Cuba.

COMPOSTELA: DIRECTOR Y ECONOMO INSPECTORIAL (1959-1961)

La sustitución del Padre Felipe requería condiciones particulares —fidelidad, meticulosa exactitud, solicitud en la atención de las necesidades económicas de la Inspectoría, entrega a un trabajo de suyo monótono y de pocas compensaciones humanas, así como prontitud en secundar las iniciativas e indicaciones provenientes de la oficina inspectorial. El Padre José González del Pino, Inspector en esos años, halló todos estos requisitos en el Padre Mercader. Nombrado en abril de 1959 Director de la iglesia de María Auxiliadora de La Habana y Ecónomo Inspectorial, atendió con asiduidad los diversos aspectos de su cargo.

Entre tanto, se encrespaba la tempestad política. El proceso social iniciado el 1 de enero de 1959, daba cada vez mayores muestras de su realidad ideológica. La situación hizo crisis en abril de 1961, con el desembarco de Playa Girón. Como todos los religiosos y gran parte de la población civil, el Padre Mercader hubo de vivir jornadas de gran temor e incertidumbre. Alojado clandestinamente en casa de personas de alta confianza, transcurrió los días de mayor peligro. Pasados éstos, se reintegró de inmediato a su residencia habitual, que daba por aquellos días acogi-

da a numerosos salesianos desplazados de sus respectivas comunidades. La situación general era de trauma y confusión. La escuela privada fue confiscada el 1 de mayo. Muchos salesianos quedaron retenidos en domicilio coacto. Algunos habían sido internados en improvisados campos de concentración o en cárceles del Estado. En esas oscuras circunstancias, y en medio de las correspondientes tensiones, se llevó a cabo el éxodo de gran parte del personal hacia diversos países.

Dentro de la desintegración e inestabilidad reinantes, la situación de los salesianos a cargo de las iglesias era algo más estable. El Padre Mercader continuó en el ejercicio de sus mencionadas responsabilidades.

DEPORTACION A LA MADRE PATRIA: TIBIDABO (1961-1962)

Tomando como pretexto los hechos ocurridos el domingo, 10 de septiembre, con motivo de una procesión en honor de Nuestra Señora de la Caridad en La Habana, que no pudo efectuarse por la violenta represión del gobierno, el viernes 15 fueron ocupados todos los templos y residencias de religiosos de la Isla. A las 7 de la mañana, mientras el Padre Mercader se encontraba en la iglesia de María Auxiliadora realizando la meditación diaria, fue sorprendido por milicianos del régimen, quienes le identificaron por nombre y le intimaron que los siguiera. Se le permitió tomar muy pocas pertenencias. Minutos después, se le obligó a abordar un ómnibus conducido por efectivos militares fuertemente armados y lleno ya de sacerdotes regulares, diocesanos y de algunos religiosos. En la mayor incertidumbre y sin saber a dónde se dirigían —considerando incluso la posibili-

dad de ser conducidos a algún sitio de ejecución sumaria—, se les trasladó al barco español “Covadonga”. En él se reunieron hasta 135 expulsados, incluyéndose entre ellos a Monseñor Eduardo Boza Masvidal, Obispo Auxiliar de La Habana y a otros cinco salesianos, los Padres José Miguel Hernández, Jorge Du Breuil, Fernando Perdomo, Juan Dlusztus y Nuncio Bordonaro. El buque zarpó el sábado, 16 de septiembre.

Días después el “Covadonga” arriba al puerto español de La Coruña. Allí son recibidos fraternalmente por los salesianos de esa ciudad, quienes les prodigaron las oportunas atenciones. Desde esa casa cada uno se dirigió a su destino provisional, a excepción del Padre Mercader, quien cayó enfermo, aquejado de una grave bronconeumonía. Esta afección le retuvo quince días en La Coruña, al cabo de los cuales partió hacia Barcelona, donde fue nombrado Prefecto de la casa del Tibidabo.

El 28 de octubre de 1961 presenció la colocación de la última piedra de la cúpula del templo y la iluminación total de éste, recordando que, siendo aspirante, en diciembre de 1902, había asistido a la colocación de la primera.

PUERTO RICO: ULTIMA ETAPA (1962-1982)

Llamado por el Padre José González del Pino, vuelve el Padre Mercader a las Antillas. El 22 de diciembre de 1962 arriba al aeropuerto de Isla Verde. A la tardía edad de 72 años comienza con entusiasmo y dedicación la última etapa de su vida, tan activa y fecunda como las anteriores.

Es destinado a la casa salesiana de la Cantera, Santurce, Puerto Rico, donde desenvuelve

una labor tan silente como valiosa, desde 1962 hasta el 1978. Muchas son las áreas de trabajo en que interviene con metódica y paciente efectividad — contabilización y gradual saldo de la deuda ocasionada por la edificación del santuario de María Auxiliadora, atención pastoral a la Parroquia de María Auxiliadora en calidad de Vicario Cooperador y organista, asesoría conyugal, preparación de jóvenes parejas al matrimonio y administración regular del sacramento de la penitencia.

El 20 de septiembre de 1963 celebra en medio del regocijo comunitario sus Bodas de Oro Sacerdotales. En 1966 es nombrado miembro del Consejo Provincial. Dos años después, en 1968, por insistencia de su Superior local, vuelve a España y tiene la alegría de encontrar en Los Valles de Andorra a su hermano José María, periodista de esa localidad, de quien no había tenido noticias por largos años. Posteriormente visitó de nuevo su país natal, dos veces, en ocasión del fallecimiento de su hermano Antonio en Barcelona y con motivo de la beatificación de Don Miguel Rúa, a quien él había conocido.

En 1970, con la asistencia del Obispo Auxiliar de San Juan, Monseñor López de Victoria, conmemora en una concelebración eucarística, en que participan muchos de sus hermanos, su octogésimo aniversario de nacimiento. La comunidad parroquial, en acto tan espontáneo como sentido, le demuestra su afecto y respeto. En 1975 se le confiere un reconocimiento de gran relieve, la Condecoración *Pro Ecclesia et Pontifice*, que le fue impuesta por el Cardenal Luis Aponte Martínez, Arzobispo de San Juan, con asistencia del R.P. Juan Artale, Inspector de las Antillas y de numerosos salesianos, en atención a los excepcionales méritos contraídos en sus 60 años de ministerio sacerdotal.

En el verano de 1978 se le indica un nuevo campo de labor —la iglesia de San Juan Bosco

de Calle Lutz. En ella transcurren sus últimos años en el cargo de Administrador, dando sostenido ejemplo, en los días crepusculares de sus 90 años, de laboriosidad, oración asidua, dedicación pastoral y atención a las personas que buscan su consejo y su ayuda espiritual.

En abril de 1980 celebra su nonagésimo cumpleaños. Este se recuerda jubilosamente con una Misa concelebrada, presidida por el Padre Enrique Mellano, Inspector Provincial, y por gran número de sacerdotes salesianos de Puerto Rico y de la República Dominicana. Terminada la asamblea eucarística, la feligresía le ofrece una fiesta cordial y emotiva.

OCASO

Juvenilmente lúcido, conserva un recuerdo tenaz y exacto de acontecimientos y datos tanto remotos como actuales. Por su complexión menuda y frágil, continúa activo y dispuesto. Su salud, nunca robusta, resulta satisfactoria para su edad.

Así se mantiene hasta el mes de julio de 1982, cuando comienza a acusar dolor en las vértebras de la región cervical, que, con el paso de los días, se va haciendo más intenso y continuo. Atendido por competentes facultativos del Hospital Auxilio Mutuo, se busca procurarle alivio, sin llegarse a un diagnóstico claro. A medida que el mal intensifica sus efectos, se piensa en la posibilidad de una intervención quirúrgica, idea que pronto se descarta, debido a su avanzada edad.

El transcurso de las semanas y los numerosos exámenes practicados con los últimos recursos de la tecnología médica, posibilitan anticipar una diagnosis provisional — cáncer óseo con lesión patológica de las vértebras. A

pesar de la severidad y persistencia de sus padecimientos, sólo leves contracciones en su rostro permiten advertir que sufre intensamente. En la última fase de la enfermedad, se le administran sedantes casi de continuo, sin que éstos le priven de claridad mental ni de una percepción entera de su situación y de quienes lo rodean.

El ejemplo de su serenidad, con destellos incluso de buen humor; de su plena aceptación de la voluntad divina y de su unión con Dios es admirable. Los fieles de la parroquia de San Juan Bosco lo atienden y lo visitan ininterrumpidamente.

Las dosis continuas de calmantes conjuntamente precipitan complicaciones cardíacas y pulmonares. Su respiración se torna crecientemente afanosa y la deglución se le dificulta.

En la noche del jueves, 18 de noviembre, ya en estado de visible gravedad, el Padre Enrique Méndez le administra el Sacramento de los Enfermos, con asistencia del Padre Inspector y de los Padres Jesús Hernández y Franklin Santana. El Padre Mercader sigue con plena conciencia la administración, respondiendo con voz apenas perceptible.

A la mañana siguiente su condición continúa declinando. Se suma a las oraciones de la persona que lo atiende. Sigue un paréntesis de tranquilidad y expira sereno y en la paz del Señor, a las 11:30 a.m. del viernes, 19 de noviembre, día de Santa María de la Providencia, Patrona de Puerto Rico.

Su fallecimiento causa visible conmoción en las comunidades de Calle Lutz y la Cantera. Expuesto su cadáver en la parroquia de San Juan Bosco, las visitas a su féretro se suceden en aflujo continuo.

La Misa exequial se ofrece en el Santuario de María Auxiliadora, en una concelebración de 20 sacerdotes, presidida por el Cardenal Apon-

te Martínez. En la homilía, el Padre Méndez, en términos conmovidos, exaltó la personalidad sacerdotal y salesiana del Padre Mercader, destacando el luminoso testimonio de su vida. Al finalizar la concelebración, el Cardenal Aponte exaltó sus virtudes y elogió su participación en la pastoral de la Arquidiócesis.

Recibió sepultura en el Cementerio Católico de Porta Coeli. Sus restos mortales reposan en lugar contiguo a los del Padre Pedro Savani, con quien colaboró tan fructíferamente.

Su sepelio, elocuente muestra de veneración, se efectuó en una atmósfera de fe en la resurrección y en el premio, así como de sentida emoción y afecto. A nombre de la Provincia salesiana y de quienes fueron beneficiarios de su labor y de su vida, le dieron el postrer adiós los Padres Enrique Mellano, Inspector; Orlando Cejas, Delegado Inspectorial para Puerto Rico, y Lorenzo Ruiz.

Sus despojos terrenos esperan la resurrección en el mencionado cementerio, situado en la zona campestre y silenciosa de Hato Tejas, en el municipio de Bayamón.

Desde su sencilla tumba el Padre Mercader continúa enseñando con el recuerdo de sus virtudes y de la fidelidad de su vida consagrada, en el estilo y por el camino de Don Bosco, cumpliéndose así en él las palabras del Apóstol en su Carta a los Hebreos: "Por la fe... habla aún después de su muerte" (11, 4).

PERFIL ESPIRITUAL

El anuncio necrológico del R.P. Enrique Mellano, Inspector Salesiano de las Antillas, aparecido en la Circular No. 24 fechada en Santo Domingo, República Dominicana, el 8 de diciembre de 1982, esboza en sobrios rasgos la

personalidad sacerdotal y salesiana de este ejemplar hijo de Don Bosco, quien, tras su partida, deja luminosa e inspiradora estela de virtud y de total entrega.

Hombre de poca apariencia física, pero de recia y profunda espiritualidad, fue el formador de muchos salesianos, hijos de estas tierras antillanas y guía espiritual segura para innumerales almas.

Su espíritu de oración, su paciencia, su constancia y metodicidad, no obstante su delicada salud, hicieron de él un salesiano incansable, de un espíritu de trabajo admirable, siempre dispuesto a prestar su colaboración efectiva y eficaz, aún cuando su edad avanzada parecía exigir mayor tiempo de descanso y vida retirada, como lo demuestran sus últimos veinte años en Puerto Rico.

Ha sido el salesiano fiel, entregado totalmente a Dios y a las almas, de una singular devoción mariana y un intenso amor al Papa y a la Iglesia, genuino hijo de Don Bosco a imitación de Don Rúa, a quien él había conocido y recordaba con tanto cariño.

La Inspectoría de las Antillas reconoce en él una de sus firmes columnas. Le agradece hondamente el largo y admirable testimonio de su vida, y al, sentirse profundamente apenada por su separación, confía en su protección desde el cielo.

Además de lo arriba dicho, cabe señalar su fortaleza de espíritu. En su vida hubo explícitamente horas de dolor, y de tensión. Pero éstas nunca fueron causa de decaimiento o incertidumbre. Como robusto cedro del Líbano resistió las ráfagas tempestuosas, ancladas siempre su fe y su confianza en la bondad de Dios. Imperturbable en el habitual silencio de su trabajo, irradiaba seguridad y calma en quienes acudían a él en busca de orientación y ayuda.

En el Padre Mercader fué también característica una constante consistencia entre la convicción y la obra. Practicaba con fidelidad lo que creía. Sus categorías religiosas revelaban una ascética un tanto radical, con ribetes monacales en algunas de sus proyecciones. La convicción de que otros debían avanzar por la elevación de sus caminos, le acarreó situaciones difíciles y, en ocasiones, conflictivas en su largo servicio en cargos de superioridad. Pero los años de la madurez y de la ancianidad flexibilizaron sus expectativas, confiriéndole compasiva comprensión humana. De esta manera, ha dejado tras sí la imagen de un anciano comprensivo y bondadoso, aun cuando mantuvo siempre para consigo mismo la radicalidad de sus exigencias espirituales.

Sacerdote penetrado de la presencia de Dios, pasaba largo tiempo ante el sagrario. Fue confesor experimentado y siempre dispuesto. A él acudían sacerdotes y religiosos en busca de su palabra y aliento.

La renovación surgida a raíz del Concilio Vaticano Segundo lo encuentra ya en plena ancianidad. No obstante, su fe, su amor a la Iglesia y sus sólidas convicciones se superponen a la natural rigidez de sus 75 años. Con visible empeño y cordial sumisión acepta los cambios eclesiales y los dispuestos por los diversos Capítulos Generales de la Sociedad Salesiana. Su caridad le llevó a tender el velo de un compasivo silencio sobre los explicable extremos de una excesiva encarnación en lo temporal por parte de algunos, aunque no sin expresar a veces los peligros a que expone una antropología prevalentemente terrena o un horizontalismo de exclusiva visión humanista.

Cargado de años, trabajos y méritos llegó a la Casa del Padre con espíritu diáfano y con ánimo esforzado. Mientras ingresaba por última vez en el Hospital Auxilio Mutuo, sólo días

antes de ser llamado a la eternidad, dijo al Padre Lorenzo Ruiz en tono natural y sereno: "Ahora debe buscar otro Administrador, porque mi labor ha terminado".

Noventa y dos años no son culminación frecuente de la vida humana. Setenta y seis años de consagración religiosa y sesenta y nueve de sacerdocio, vividos con autenticidad, *in persona Christi*, y en el mejor estilo salesiano, son dones excepcionales de Dios y, a la vez, título de ineludible reconocimiento por parte de aquéllos que hemos sido destinatarios de los desvelos y sacrificios de este patriarca, que traduce por excelencia el perfil evangélico del siervo bueno y fiel.

* * *

NOTA NECROLOGICA:

Padre Rafael Mercader Armengol

Nacimiento: 8 de abril de 1890

Profesión: 23 de mayo de 1906

Ordenación: 20 de septiembre de 1913

Muerte: 19 de noviembre de 1982,
a 92 años de edad, 76 de vida
salesiana y 69 de sacerdocio.
Desempeñó el cargo de Director
por 29 años.



